



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

El corazón de la ciudad

En el casco antiguo hay tabernas, pensiones y mucho travestido. Esta humanidad ocupa lo que nuestros abuelos abandonaron. ¿No ocurrirá lo mismo, de aquí a cien años, con nuestros confortables barrios de hoy?

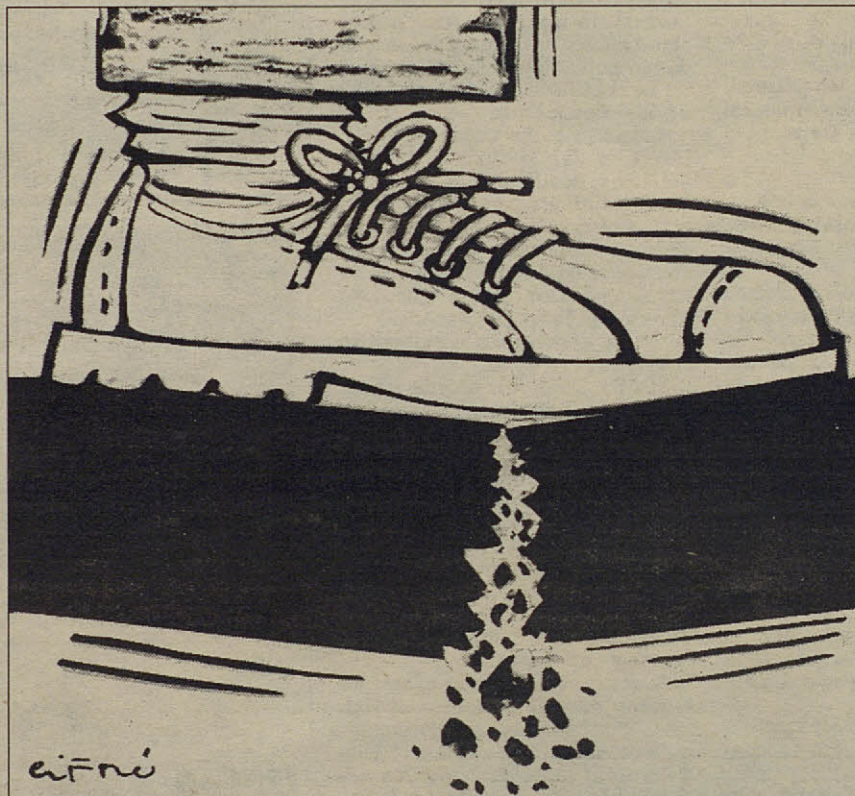
¿Qué es el centro, el corazón de la ciudad? Más o menos, todo el mundo tiene una idea de lo que es el centro, pero a la hora de definirlo las explicaciones comienzan a ser diversas y hasta contrapuestas. Ni tan sólo urbanistas y arquitectos se ponen de acuerdo. Han sido los sociólogos urbanos los que han ido delimitando este complejo concepto, y lo han hecho desde distintas angulaciones.

En primer lugar, el centro urbano puede ser un punto geográfico preciso y limitado, equidistante o no de los barrios o distritos que componen la ciudad, y en el que pueden confluír, en un esquema radial, concéntrico, todas las vías y medios de comunicación. Ese centro sería el lugar que desempeña una función integradora y simbólica. Un polo de atracción notorio, adaptado a las necesidades de la ciudad: concentraría las actividades de comunicación de una parte o barrio con el resto del tejido urbano. También puede interpretarse el centro como la zona geográfica destinada al intercambio y a la coordinación de las actividades repartidas en otros distritos, es decir, un centro de centros. Y asimismo se concibe como el lugar en donde se concentran los monumentos simbólicos, los edificios de valor histórico y artístico y los equipamientos de carácter lúdico.

Ninguna de estas facetas de centro existe en estado puro y diseñada precisamente así: son el resultado de la historia, del paso del tiempo, de un proceso de la comunidad que habita la ciudad y que define, según sus preferencias y necesidades, cuál es el centro. Una visión histórica puede ayudar a conocer qué es el corazón de una ciudad.

En la ciudad antigua, medieval, el centro sería el casco viejo, donde está el ayuntamiento, la catedral o la iglesia principal, el mercado: los símbolos políticos, religiosos y comerciales.

La ciudad industrial separa espacialmente las funciones de centro co-



mo símbolo administrativo y religioso de las funciones comerciales e industriales, y también los espacios dedicados al ocio y diversión: es el despertar de la ciudad capitalista.

El último estadio de crecimiento es la megalópolis o ciudad con su área metropolitana. En ella la noción simbólica del espacio urbano se ha diluido y difundido: los hitos y edificios históricos antiguos rivalizan con los nuevos; el comercio se ha descentralizado; han surgido minicentros en los barrios periféricos y en los barrios dormitorio; el centro ya no contiene en exclusiva las actividades de ocio; y el casco antiguo se ha vaciado de habitantes y se ha especializado en actividades de administración y de gestión.

En Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla o Zaragoza puede seguirse el desplazamiento de sus centros a lo lar-

go de la historia, cada uno de ellos siguiendo una dirección marcada por sus necesidades y adecuada a su orografía, pero todos ellos repitiendo el obligado paso: ciudad antigua-ciudad industrial-área metropolitana.

De una ciudad cualquiera, me interesa el casco antiguo, el que creció sin tiralíneas, el que no posee una malla ortogonal, pues en su tiempo no existían ni urbanistas ni arquitectos municipales y, por lo tanto, tienen una fisonomía propia: el Barri Gòtic de Barcelona, el Sentier de París, el Arbat de Moscú o Lavapiés de Madrid. Las ciudades que han sufrido un desarrollo desmesurado tienen, fuera de sus cascos o barrios viejos, una apariencia semejante: es muy difícil distinguir un barrio residencial de Caracas de otro de Madrid. E incluso la arquitectura y el urbanismo de barrios obreros tienen

mucho en común: pienso ahora en Varsovia y en Roma.

Imagino que al aparecer en el mundo las primeras abejas, no se organizaron en panales directamente, sino en habitáculos más simples. La superpoblación humana y la miseria imperante en muchos lugares del planeta han racionalizado y uniformado nuestras ciudades, tanto en los barrios para ricos como en las barriadas proletarias. Es el maldito *zoning*, que separa a la gente. Hace menos de cien años, la gente adinerada vivía en los llamados pisos principales de las casas del Eixample, y la escala social iba descendiendo a medida que crecía el número de pisos. En los altos y altílllos, que ahora se llaman áticos y sobreáticos, vivían las familias de los porteros —que tenían su garita inconfortable abajo, en la entrada— o bien las modistas y los tranviarios, que solían tener un montón de hijos pretuberculosos. Hoy, salvo casos de ancianos llamados vergonzantes, ya no conviven ricos y pobres en un mismo edificio, y se da la paradoja que los pisos altos han pasado a ser los más caros, los más distinguidos.

Ahora lo de las clases sociales va por barrios, y eso evita a muchos el desagradable espectáculo de la miseria ajena en su propia ciudad. Viajando es diferente: se soporta muy bien la pobreza de Marrakech o Bombay o Lima, e incluso es excitante ver tanta desgracia, pues a más de un hijo de su mamá le ayuda a hacer la digestión.

Vuelvo al viejo, no al moderno corazón de las ciudades: no encontrarán allí supermercado alguno, sino tiendas, tabernas, hoteles y pensiones a horas, putas, drogas y mucho travestido. Esta humanidad ha ocupado lo que nuestros abuelos abandonaron. ¿No ocurrirá lo mismo, de aquí a cien años, con nuestros confortables barrios? La ciudad tiene sus leyes, y el porvenir de nuestros nietos o biznietos lo estamos escribiendo ahora nosotros, y después, nuestros hijos. Así de simple.